

Expresiones que nunca *habría que decir*



“Empléense siempre modos y palabras caritativas y de mansedumbre. La amenaza, la ira y mucho más la violencia, estén lejos de nuestras palabras y maneras de actuar. Que el Sistema Preventivo sea algo muy nuestro; nunca se usen castigos físicos, palabras humillantes ni retos severos en presencia de otros”, escribió Don Bosco.

Es desagradable recordar lo que hemos dicho impulsivamente y de lo cual nos arrepentimos apenas nos damos cuenta de que hemos provocado alguna llaga psicológica en los hijos. Pero más importante es tomar conciencia de las actitudes que se esconden detrás de esas frases desagradables.

“Nunca vas a salir adelante”

Por tercera vez, Julio, del quinto grado, ha llegado a casa con una mala nota en matemáticas. El papá, frustrado porque hasta sus repasos, hechos con tanta paciencia en horas robadas a la lectura del periódico y al descanso, han resultado en vano, explota: “¡Nunca vas a salir adelante!” Desahoga su ira, pero empeora la situación de Julio, ya humillado por culpa de sus malas notas. Ahora que hasta el papá

piensa que va a fracasar, se desanima totalmente. “Si nunca voy a salir adelante, ¿para qué voy a seguir esforzándome y perdiendo el tiempo?”

Habría sido mucho mejor decirle: “Me da mucha rabia que tampoco esta vez te hayas superado. A lo mejor estás un poco cansado. Olvidémoslo por hoy, mañana verás que juntos vamos a lograrlo”.

Las profecías catastróficas son un acto de crueldad para un preadolescente; por su cuenta ya tiene un montón de aprensiones respecto al futuro. Deberá superar muchas experiencias difíciles. Los padres tenemos que “entrenarlo” para que las pueda afrontar y salir adelante; no asustarlo más todavía sino estimularlo.



“Lo peor de ti es que”, “Eres tan poca cosa”, “Pareces un tonto”.

Son modos muy poco elegantes de “meter el dedo en la llaga”, de mostrar despiadadamente un defecto.

“¡Ah, qué bien lo pasaría si no tuviera hijos!”

Esta es una de las peores frases equivocadas. Aunque los padres tuviéramos que afrontar graves problemas económicos provocados precisamente por la presencia de los hijos; aunque el hijo adolescente, por salir a probar el auto de la familia, lo haya prácticamente destruido, esta frase definitivamente tendríamos que evitarla. El adolescente puede entrar en una crisis grave, sentir odio hacia el progenitor que ha lanzado esa frase y también contra sí mismo, porque ha sido el causante de ella.

Si el niño es pequeño, inmediatamente piensa: **“Ya no me quieren”**. Es el pensamiento más terrible que puede pasar por la cabeza de un niño.

“Si lo vuelves a hacer, no te voy a querer nunca más”

Cualquier cosa que haya hecho un niño, no se justifica una frase tan cruel. Para él, la amenaza de verse privado para siempre del afecto de la mamá o del papá es un castigo gravísimo; equivale a sentirse solo, abandonado, sin nadie que lo sostenga y lo conforte. Si nos damos cuenta una vez que ya la hemos dicho, tratemos de remediarlo inmediatamente: tomémoslo en brazos, abracémoslo fuerte y digámosle: “¿Pero qué haría yo sin ti? ¡Tú eres lo más preciosos que tengo!”.

“Te lo había advertido”

Cuando un niño se equivoca se siente más vulnerable. Piensa: “¿Por qué lo he hecho? ¡Soy tonto! ¿Por qué no lo hice caso a mamá?”. Quien se ha equivocado de camino no necesita que le indiquen el camino correcto. Ese comentario de los padres le deja sólo dos posibilidades: abandonarse a un sentido de impotencia o dar rienda suelta a la rabia y asumir una conducta rebelde.

Tal vez habría sido mejor reprocharlo así: **“Quisiste actuar como a ti te parecía y no ha funcionado, ¿o me equivoco?”**

Me da cólera, pero yo también aprendí equivocándome. No te des por vencido; ya tendrás otra ocasión para actuar mejor”.

“Cuando yo tenía tu edad”

Es una expresión que solemos usar en tono de condena, como para indicar: **“Yo no habría hecho nunca una cosa así”**. El preadolescente la entiende como una injusticia evidente, tanto más que él vive inmerso en su presencia y tiende a reírse del pasado. Ya le es difícil imaginarse que sus padres un día fueron niños como él. Muchos lo interpretan como una especie de venganza; como si con eso los padres le dijeran: **“Cuando yo tenía tu edad no podíamos hacer estas cosas, ¿por qué las debes hacer tú ahora?”**. En cambio, tratemos de compartir con los hijos nuestros propios errores de la infancia y los sentimientos que se desencadenaban en nosotros cuando teníamos que aceptar una lección. Revelándonos nuestros errores pasados los ayudaremos a sentirse menos culpables y menos solos.

“Pídele permiso a tu papá” (o a tu mamá)

Es el clásico “tírale la pelota al otro” para evitar a uno de los padres asumir la responsabilidad de tomar una decisión. Los niños estiman a quien asume una responsabilidad determinada, aunque la decisión sea contraria a lo que ellos querían. 